EL DUQUE DE VISEO.

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

POR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ACTORES.

Eduardo, *Duque de Viseo.*
Enrique, *su hermano.*
Violante, *con el nombre de Matilde: hija de Eduardo.*
El Conde de Oren.
Atayde, *Alcayde del Castillo.*
Asán, *esclavo negro.*
Aly, *esclavo negro.*
Guardias de Enrique.
Soldados de Oren.

La accion sucede en Portugal en una fortaleza del Duque de Viseo. La escena representa un salon magnífico en los dos actos primeros: en el tercero un subterráneo con varios ramales de bovedas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Enrique y Atayde.

Erique estará sentado con ademan pensativo é impaciente. Atayde en pie algo separado de él.

Enriq. ¡O cuanto á mi impaciencia el tiempo tarda!
Asán no vuelve, y el cruel destino,
que siempre me siguió, tambien ahora
convierte en humo los intentos mios.
(*Observándole.*)
Atay. ¡Cuan otro está! su atormentado pecho
de rabia á un tiempo y de dolor roido,
ántes sin descansar se consumía
respirando el horror de sus delitos.
Mas ya en su frente la esperanza rie:
y cual si hubiera á su tormento alivio
suspende algun momento los furores,
y su dureza atroz pone en olvido.
¿Como asi pudo consolarse?
(*Alzando la cabeza y viendo á Atayde.*)
Enriq. ¿Atayde?
Atayd. ¿Señor?
Enriq. ¿No ha vuelto Asán?
Atayd. Aun del castillo
ausente está, desde que fué á la aldea
de vuestra guardia militar seguido.
Enriq. ¡O como tarda!
Atayd. En tanto obedeciendo
vuestro mandato yo, vengo á pediros
las órdenes, señor, que habeis de darme.
Enriq. Ya las sabrás: mas ántes es preciso
saber yo, si amigable confianza
de tí hacer debo en los designios mios.
Desde la egecucion de mis furores,
en que tú fuisteis á la par conmigo,
todo á mí te habia unido; y desde entónces
con triste ceño y ademan esquivo
siempre te hallé... Pero dudar no quiero
de que fiel me has de ser, si fiel me has sido.
Dí, Atayde; si en tu mano consistiera

derramar el balsámico rocío
de la tranquilidad sobre las penas
que en este triste corazon abrigo:
¿no fueras tú el primero á consolarme?
¿no hallára en tí mi agitacion su alivio?

Atay. No lo dudeis, señor: ¡es tan enorme
la carga que tras sí deja el delito!
Yo á sostenerla en su rigor no basto;
¡y ó cuantas veces la fortuna envidio
de aquellos, que al furor de nuestros brazos
lanzáron tristes el postrer suspiro!
¿Que no dariais, decid, porque á la vida
volver pudiese del sepulcro frio
el mismo Eduardo?

Enriq. Calla Atayde:
y no mientes jamas á mis oidos
el nombre aborrecible de ese hermano,
que con nuevo rencor siempre maldigo.
¿Ves esta agitacion abrasadora,
este remordimiento y cruel martirio,
que desde el punto de su infausta muerte,
sin poderlos calmar, traigo conmigo?
Pues no son tan funestos á mi pecho,
como la gloria, la fortuna, el brillo,
que siempre coronaban á Eduardo
para eterno baldon y oprobio mio.
Yazca por siempre en la espantosa tumba
donde por mí precipitado ha sido,
y no perturbe su memoria infausta
el bello instante en que á mi bien camino.
Sí, Atayde: aquel amor que pudo un dia
arrastrarme al horror del parricidio;
ahora me tiende su amigable mano,
y va á sacarme de tan ciego abismo.

Atay. ¡El amor! perdonad: yo imaginaba,
que eternamente en vuestro pecho escrito
el nombre de Teodora viviría
vencedor de los tiempos y el olvido.
Su amor por Eduardo, su himenéo
á vuestro negro afan dieron principio,
y á los atroces zelos, que afiláron
para su muerte el vengador cuchillo.
Murieron: desde entónces vuestros dias
de amargura y de horror fueron vestidos,
y pronunciar el nombre de Teodora
se os oyo siempre en doloroso grito.

Enriq. ¡Ah! Yo adoro á Teodora mas que nunca:
¿olvidarla? jamas. Pero el destino
vida la vuelve á dar, y ella renace
á redoblar mi incendio. ¿Tú no has visto
á la hermosa Matilde, única hija
del anciado Pereyra? El cielo quiso
que otra Teodora respirase en ella,
para hermoso placer de mis sentidos.
La misma magestad brilla en su frente,
la misma gentileza y noble brio;
suyas son sus bellísimas facciones,
suyo en los ojos el ardor divino.

Atay. ¡Ah! ¿que vana ilusion os arrebata!
Volved en vos, señor: ese prestigio
va á emponzoñar vuestra incurable llaga.

Enriq. No es ilusion, Atayde. Por mí mismo
muerte me viste dar á la que amaba:
y agitado sin fin, y consumido
en imposible abrasador deseo;
¿que tormento jamas se igualó al mio?
Desde el momento aquel, beldad ninguna
mis ojos aduló con su atractivo,
ni voz alguna en agradables ecos
resonó dulcemente en mis oidos.
La rabia solo de mi inútil crímen
halló en mi pecho su funesto abrigo,
hasta que ví á Matilde... ¡ó como al ver
mi corazon pasmado, estremecido
sintió delante á la infeliz Teodora,
y embravecerse su tormento antiguo!
Volvíla á contemplar, y ardí furioso,
cual por Teodora ardí. Tal fué el asilo
que halló mi agitacion en sus pesares.
No ya tras una sombra, un bien perdido
se exhalarán mis áridos deseos;
la copa del amor al labio mio
se acerca, y yo la apuro, y venturoso
en Matilde á Teodora al fin consigo.

Atay. Ella no os puede amar.

Enriq. ¿No puede amarme?
¿Siendo vasalla mia, al incentivo
de mi amor y poder resistiria?

Atay. No lo dudeis.

Enriq. ¿Que importa? hácia este sitio
ya le arrebata Asán, y será mia
de grado y fuerza.

Atay. ¿Y el hogar tranquilo
así allanais, y la virtud dichosa
de un venerable anciano desvalido?
¿Quien jamas halló paz en la violencia
ni la tranquilidad en los delitos?
Volved en vos, señor.

Enriq. No á aconsejarme
te he llamado yo aquí. Ya decidido
todo está, y sin retorno. Atayde, al punto
que el pie siente Matilde en el castillo,
tú á Pereyra has de ver... Mas ella lle

ESCENA II

Dichos, y Matilde conducida por Asán y Aly: los dos negros se quedan en pie á la puerta. Ella se arroja á los pies de Enrique.

Mat. ¿Sereis sordo, señor, á los gemidos
de una vasalla vuestra, que arrastrada
por esos mónstruos con violencia ha sido
á vuestros pies? Haced que caiga en ellos
de vuestra justa cólera el castigo;
que á vos imputan su fatal dureza:
á vos, señor. ¿Que ofensa, que delito
pude yo cometer, para tratarme
con tal barbaridad?
Enriq. De un enemigo
no veniste al poder, serena el pecho:
tú no eres criminal, el labio mio
va á decidir al punto tu fortuna.
Mat. Volvedme, pues, á mi inocente asilo,
y á mi padre infeliz: ¡Dios! su amargura,
al hallarse sin mí, ¡cual habrá sido!...
¡No castigais, señor!... ¡Ah! libertadme
de esos verdugos bárbaros é impíos...
Su vista me atormenta... ¡Los crueles!
¡Con que ferocidad, que empedernidos
mi segura inocencia atropelláron!
Sentada yo de mi paterno abrigo
á la sombra apacible, en mil halagos
mi tierno corazon embebecido;
pensaba cual ayer ser hoy dichosa,
y al cielo bendecir por mi destino.
¡Esperanza engañosa! Ellos se acercan,
los soldados me ciñen, al ruido
del pavoroso acero caigo yerta,
y hácia este alcázar arrastrar me miro.
¿Que me han servido, ¡ay Dios! contra su furia
mi afanoso llorar y mis suspiros?
¡bárbaros! ¡son de hierro!
(*Á Asán, Aly y Atayde.*)
Enriq. Retiraos.
(*Mirando al salir á Matilde.*)
Atay. ¡Desdichada!

ESCENA III.

Enrique se acerca á Matilde, y cogiéndola de la mano la lleva á sentar junto á sí? ella se estremece.

Enriq. No tiembles: tu afligido
pecho alentarse en la esperanza debe
del alto bien que te guardó el destino.
Calma esa agitacion que te estremece:
tú no estas en poder de un enemigo,
de un irritado juez que te persigue.
Este golpe terrible, este conflicto
que lloras como un mal, va á levantarte
del cieno miserable en que has nacido,
á la cumbre mayor de la fortuna.
Mat. Yo, señor, no la busco.
Enriq. En ese indigno
estado en que te veo, de tu hermosura
se mira el esplendor oscurecido.
¿Tan baja suerte contentarte puede?
Mat. ¿Contenta no estaré de mil sencillos,
inocentes placeres rodeada,
bendicida, adorada de los mios?
¿Puede haber mayor suerte?
Enriq. Es tal, ¡que nunca *Aparte.*
podré tenerla yo!... ¿Pero este brillo
de gloria y magestad, tú no la envidias?
Mat. Yo lo que no conozco nunca envidio.
Enriq. Tú lo conocerás. El mas excelso
señor de Portugal, que aun al Rey mismo
quizá se iguala, tu belleza adora,
y rinde á tus encantos su alvedrío.
Tus labios hablarán, y mil esclavos
adorarán tu gusto y tus caprichos:
tu estancia harán los mármoles y el oro,
la pompa del oriente tu atavío...
¿No respondes, Matilde?
Mat. ¡Ah! ¿que me importan
tanta vana opulencia y poderío?
El oro que á mi vista centellea,
no estan preciado en su esplendor ni rico,
como el olor de las hermosas flores,
que para adorno del alvergue mio
en guirnaldas bellísimas texidas
me lleva mi Fernando de continuo.
Enriq. ¡Desdichada! ¡ó furor! ¿Dime, Fernando
quien es?
Mat. ¿En que señor os ha ofendido,
para que solo de escuchar su nombre,
tan tristemente os irriteis conmigo?
Enriq. ¿Quien es?
Mat. Nacido como yo de un padre
al campo consagrado y su cultivo:
Fernando es un soldado valeroso,
que del Conde de Oren está al servicio.
Con él ya fué á la guerra, y con él vive
en el fuerte cercano á este castillo.

Enriq. ¿Le amas tú?
Mat. ¡Si le amo! Preguntadlo
á aqueste corazon, en donde al vivo
arde su imágen retratada en fuego.
Enriq. ¿Y con esa inocencia á descubrirlo
te atreves, infeliz? ¿sabes que dices?
Mat. ¿Es el amar, señor, algun delito?
Enr. Lo es amar á Fernando. Ya no ignoras
la gloria que te espera, si al olvido
das á ese miserable y sus amores.
Mat. ¿Olvidar yo su amor? No: mi cariño
no es viento que se vuelve á la fortuna
Pobre es Fernando, sí: ¡pero tan rico
de valor y virtud!
Enriq. Tu te envileces.
Mat. Mi atroz perfidia, mi perjuro olvido
solos á envilecerme bastarian;
mi fe no: la palabra que ayer mismo
le dí de ser eternamente suya,
el cielo la escuchó, que fué testigo
de cuanto prometí, y el cielo sabe
como mi corazon juró cumplirlo.
Enr. Calla, infeliz, que mi paciencia apuras:
calla.
Mat. ¡O como me mira! de este sitio
permitid que... (*Levantándose.*)
(*Deteniéndola.*)
Enriq. Detente: yo te amo,
¿lo sabes?
Mat. ¡Vos, señor!
Enriq. El pecho mio
es un volcan de fuego que me ahoga,
si extinguirle en tus brazos no consigo...
No intentes escaparte... Tú no puedes.
Escúchame: mi mano, el poderío
con que me ves lucir, todo es ya tuyo...
Mas si aun así menospreciar me miro,
me dará la violencia....
Mat. ¡La violencia!
No: ¡semejante oprobio es tan indigno
de vos!
Enriq. Piénsalo bien: piensa, Matilde,
que estás en mi poder.
Mat. Sí... Y eso mismo
es lo que me defiende. Si sois noble,
si escuchais al honor, vos compasivo,
me dareis contra vos seguro amparo.
Ya arrodillada á vuestros pies le pido,
(*Se echa á sus pies.*)
y en mi llanto bañándolos, imploro
la piedad que se debe al desvalido.
No me hagais infeliz.

Enriq. De su inocencia (*Apar*
mi furor se desarma al atractivo...
Mira, Matilde, disculparte ahora
baste tu agitacion; pero es preciso
resolverte en el término de un dia.
En tanto como Reyna en mi castillo
tratada y respetada, á la grandeza
irás acostumbrando tus sentidos.
Tú su amable dulzura aun no conoc
Pruébala, y la amarás. No hay
partido
para tí al contemplar que eres vasalla
que yo soy tu señor, y á tí me rindo.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

Matilde sola.

Mat. ¿Infeliz, donde estoy? ¿Quien
ha traido?
al miserable trance en que me veo,
á las garras de un tigre abandonada,
sin poderme valer?... ¡ó Dios eterno!
Si de la gloria de tu excelso trono
el llanto ves que de mis ojos vierto;
sé compasivo á mi infeliz plegaria,
y sé mi escudo en tan terrible riesgo;
tu puedes solo... Entre mi humilde suer
y el señor soberano de Viseo,
¿que hay de comun?... Y el bárbaro
su furia
dice que arde en amor su injusto pec
¿oprimir es amar?... Fernando mio,
¿donde estás, que no escuchas mis
mentos?
¿Donde estás? ven, rescata á tu Mati
de tan inesperado cautiverio.
Ven volando, mi bien... ¡Mas desdichada!
No vengas, no, que tu amoroso esfuerz
no bastará contra poder tan grande,
y sin fruto los dos nos perderemos:
mas vale al cabo perecer yo sola.

ESCENA V.

Matilde, y Oren disfrazado con el tra
ge de un soldado.

Oren. ¡Matilde!
Mat. ¡Ay Dios, él es!
Oren. Al fin te encuentro

tras de tantó afanar.
Mat. ¡O vida mia!
¡donde te arrastra tu delirio ciego!
¿Como pudiste penetrar seguro
á esta mansion de horror y de tormentos?
Tu vienes á morir.
Oren. ¿Y que es la muerte,
si en tu defensa y á tu vista muero?
¡Ah, Matilde! tu pecho uo comprende
la triste agitacion, el desconsuelo
que al encontrarme sin tu dulce vista
sobre este ansioso corazon cayéron.
Llegó la hora, del amor guiado
corrí en tus alas á tus ojos bellos,
y el puesto solitario me recibe.
Perdóname: culpable aquel momento
te contemplé y lloré: corro á tu alvergue,
y le hallo en armas y soldados lleno,
tu padre huido: en tan fatal conflicto
pregunto, me responden, el secreto
nadie me da de la fatal violencia;
y yo á purarle presuroso vuelo.
Perdóname otra vez: harto he sufrido
en escuchar mis ponzoñosos zelos,
en sospechar que la ambicion pudiera
lanzar á amor de tu inocente pecho.
La entrada á este castillo me abre el oro,
y yo por él frenético corriendo
te encuentro al fin, y á tu presencia olvido
mi mortífera duda y mis tormentos.
Mat. ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha
indigna tanto de los dos, al trueno
que repentinamente en nuestro daño
lanzó irritado el enemigo cielo?
Tú quizá en tu furor me maldecias;
y yo postrada ante el tirano fiero,
despreciando su orgullo y su opulencia,
juraba á voces tu cariño eterno...
Pero tú no lo dudas... ¡Ay Fernando!
Sálvate al punto: tu morir es cierto
si te halla el Duque; á mi dolor no añadas
el dolor de mirarte en tanto riesgo,
y aun tu muerte quizá. ¡Si tu suspiras
á que aspiran sus pérfidos deseos!...
Mas no receles; ¿sin tu amor, que valen
su pompa toda y su insolente imperio?
Or. ¿Con que robarte á mí quiere ese tigre?
Mat. Sí, mi bien.
Oren. ¡O furor!
Mat. En tanto el tiempo
corre, y con él, acaso la esperanza
de poderte salvar. Huye: si el cielo
alas con que volar á mí me diera;
¡ó cual tendiera fugitiva el vuelo
lejos de esta prision triste y horrenda!
Mas no es posible huir, no hay otro medio
que resistir, sufrir; y si la muerte
llega, morir.
Oren. No al congojoso miedo
te abandones así, voy á salvarte.
Mat. ¿Como es posible á su poder inmenso
contrarrestar? ¿No sientes la distancia
que injusta y fiera la fortuna ha puesto
entre tu humilde condicion, Fernando,
y el tirano que atroz manda Viseo?
Oren. No hay tanta, no...

ESCENA VI.

Dichos, Enrique, Asán, Aly y guardias.
Á sus guardias ántes de entrar.

Enriq. Corred: prendedle al punto;
que no pueda escapar.
(*Al verle entrar.*)
Mat. ¡O Dios eterno!
Él es, él es: ¡ay tristes de nosotros!
(*Las guardias rodean á Oren.*)
Enriq. ¡Insentato! sin duda el justo cielo,
(*Á Oren.*)
por castigar tu atrevimiento loco,
aquí te trajo delirante y ciego.
¿Quien eres? ¡Mas que dudo! el miserable
que seduce á esta simple en sus afectos,
y que en engaños pérfidos envuelve
su tierna edad y su inocente pecho.
Oren. Sí: yo soy: no quien debe á los engaños
de su apacible amor el bien inmenso:
mi fé llamó su fé sencilla y pura,
su llama dulce se encendió en mi fuego.
Enr. Has cuenta que esa llama es en tu daño
un espantoso imaginable incendio
que te va á devorar; tiembla: ¿conoces
en mí el rival de tu infeliz deseo?
Oren. Sí, te conozco: en tu insensato orgullo
piensas que al verme en tu presencia tiemblo;
y tu poder frenético me inspira
solo abominacion y menosprecio.
¡Yo temblar! ¿Pues, tirano, soy acaso
quien la ha arrancado del hogar paterno;
soy el que aspira á conseguir cariños
de un corazon con la violencia opreso?

Tu bárbara injusticia tiemble sola;
no yo que á tí tan superior me veo.
Aquí en tu alcázar, á tus mismos ojos,
de tus viles satélites enmedio,
y de tu furia entera amenazado,
triunfando estoy de tí; ¿no lo estás viendo?
Ella me ama: á nuestros dulces votos
mirándote presente á tu despecho
allá dentro de tí mi suerte envidias,
y yo la tuya sin cesar detesto.

(A Oren.)

Mat. ¡Ah! ¿que haces infeliz? vé, que te pierdes:

(A Enrique.)

y vos, señor, en vuestro noble pecho
recordad vuestra sangre, y no á mancharos... *(A Matilde.)* *(A Oren.)*

Enriq. Quítate... ¿Tú quien eres? en el seno
de tu fortuna humilde no se crian
una arrogancia y ademan tan fieros;
dilo: no guardes á exhalar tu vida
al rigor de los hórridos tormentos
que te preparo.

Oren. Á vista del peligro
jamas mi nombre se miró encubierto:
tiembla tú ahora: igual á tí en blasones
es el Conde de Oren el que estás viendo.

Mat. ¡Como! ¡tú á mí!...

Oren. Tan inocente engaño,
mi bien, perdóname: yo de tu afecto
quise deber el don á mi amor solo,
no á la vana opulencia que poseo.

Enr. Pues bien: ni tu poder, ni tu opulencia
ni el amor que te trajo aqui encubierto,
ni el amor que te tienen, y es tu gloria,
te librarán de mi rencor violento.
Aly, que hácia una torre del castillo
sea prontamente arrebatado y preso;
y que el Conde de Oren en ella aprenda
á respetar al Duque de Viseo.

(Aly, con una parte de los guardias, hace ademan de asir á Oren.)

Oren. ¡Bárbaro! en insultarme y oprimirme
cuando me ves sin armas indefenso,
la ley de los cobardes has seguido,
no la prez ni el honor de caballero.
Si digno fueras de tu noble sangre,
si digno de tu nombre; en campo abierto
la dama á tu rival disputarias,
blandiendo airado el generoso acero.
¿Escuchas al valor?... Mas los crueles
siempre cobardes y menguados fuéron
responde; tu igual soy.

Enriq. Tu fin entónces,
sin ser por el combate menos cierto,
mas bello y mas espléndido seria.
Tú has entrado en mi alcázar encubierto,
y á fuer de un miserable disfrazado:
yo no conozco así á los caballeros.
Muere, pues, como un vil, obscuramente.
Llevadle.

(Arrojándose á los guardias que le arrebatan.)

Mat. Á mí con él, ministros fieros,
tambien llevad. ¿Que haceis?

(Ellos la rechazan, y se llevan á Oren.)

ESCENA VII.

Matilde, Enrique y Asán.

Mat. ¡Triste Matilde!
¿Y vos, decid quien sois? ni que derecho
pueden dar vuestros títulos y nombres,
para oprimir tan rencoroso y ciego
dos almas inocentes, que vivian
venturosas, señor, sin conoceros.

Enr. No mas mi enojo á provocar te atrevas:
mira tus esperanzas ya en el suelo:
tu amante prisionero, encadenado,
de mi enojo ó clemencia está suspenso.
¿Que esperas de él? ¿Riquezas? son mayores
las que á mi lado gozarás viviendo.
¿Gloria, poder? ¿Quien competir conmigo
pudo jamas del portugues imperio
sino su Rey?

Mat. ¡Perezca el desdichado
que á tan triste ambicion da sus deseos!
¿La gloria y el poder? nunca mis ojos
hasta este instante por mi mal los vieron;
y en este instante tan fatal los miro
de gracias y crímenes cubiertos.

Enriq. ¿Y que? el Conde de Oren...

Mat. Es mi Fernando:
y su virtud, su generoso aliento,
mas hermosos que el oro y los honores,
nunca, nunca, señor, se desmintieron.
Como tal le conozco, y tal le adoro;
como tal siempre le amaré.

Enriq. ¡Funesto
y vano amor!... Asán, llévala donde
léjos del Conde, y de mi vista léjos
contemple su destino, y se decida
entre su elevacion ó su escarmiento.

(Asán y los guardias se llevan á Matilde.)

ESCENA VIII.

Enrique solo.

Enriq. Sin duda estoy vendido por los mios:
¿pues como Oren intrépido aquí dentro
osara penetrar, sino tuviera
quien ayudára el loco atrevimiento?
¿Quien de estos miserables?... ¡Desdichado,
si por su mal á descubrirle acierto!
Atayde... Aly... Asán... Pero no hay duda,
Atayde es el traidor, es el perverso
que me vende... ¿No es él el que me dijo,
con una voz que semejaba trueno:
ella no os puede amar... Y si es Atayde,
¡en que peligro tan atroz me veo!
Él fué ministro de mis iras ciegas,
y en él depositados mis secretos,
su aleve boca revelarlos puede.
Muera pues... ¿aun mas muertes? ¿altos cielos,
por que de amor el frenesí me arrastra
por tan extraño y hórrido sendero?
Vuelve en Matilde á revivir Teodora,
y vuelve á sacudirme al mar revuelto
de crímines y sangre en que vogaba
por un infausta hermosura en otro tiempo.
Mas pues así lo decretó el destino,
así sea.

ESCENA IX.

Aly y Enrique.

Aly. Señor, ya en duros hierros,
vuestro altivo rival yace oprimido:
y yo veloz á vuestra vista vengo,
á saber que mandais.
Enriq. En esta noche
haz que beba la muerte en un veneno
el alevoso Atayde que me vende:
tú, si quieres vivir, guarda silencio.
(*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Matilde sola.

Mat. Todo reposa: ¡ó Dios! ¿como es posible
que aquestos tigres descansados duerman,
y que solo el silencio se interrumpa
por el triste gemir de la inocencia?
Mi fiel amante y yo velamos solos:
y nuestras quejas míseras se estrellan
de este horroroso alvergue en las murallas,
cuando á encontrarse desaladas vuelan.
Ayer al tiempo de cubrir la noche
el universo entero en sus tinieblas,
cuando al sueño llamaba á los mortales,
yo me dije tranquila y satisfecha:
feliz hoy fuiste y lo serás mañana.
El sueño luego en mi apacible idea,
los objetos queridos de mi pecho
pintaba en sus imágenes risueñas...
¡Que diferencia! el venidero dia
será mas triste que hoy... ¿Pero quien llega?
(*Viendo á Atayde.*)

ESCENA II.

Matilde y Atayde.

Mat. Atayde, ¿que buscais? ¿de esta infelice
que vais á hacer?
Atay. Señora, no te pierdas,
ni me pierdas: contempla que tu suerte
de mí depende, y tu inquietud sosiega.
Mat. ¿Mas que quieren decir este misterio,
esta hora de silencio, esta secreta
venida?
Atay. La venida es de un amigo,
que arrepentido á vuestros pies se acerca,
que su perdon implora, y que oprimido
es de remordimiento y de vergüenza.
Mat. Atayde; ¿vos mi amigo?
Atay. Sí señora:
y en fe de que lo soy, sabed que abierta
la torre por mí ha sido á vuestro amante,
que libre al fin de su prision se encuentra.
Mat. ¡Libre Oren!... ¡es verdad! ¡Ah! no lo creo:
¿que te he hecho yo, para que así pretendas
probar mi resistencia, y agoviarme
al falso gozo de tan dulce nueva?
Si sois mi amigo, si Fernando es libre;
¿por que no lo estoy yo? ¿por que esta horrenda
cárcel escucha los suspiros mios,
cuando á su lado respirar debiera?
Atay. Libre os veréis tambien: pero es preciso

que mi servicio y lágrimas os deban
alcanzar mi perdon de aquel cautivo,
que tanto tiempo en servidumbre pena.

Mat. ¿Que cautivo? ¿que hablais? Yo no os entiendo.

Atay. ¡Ay señora! escuchad. Desde su tierna
infancia siempre he acompañado á Enrique,
y de todos sus gustos y sus penas
depositario y confidente solo
he sido por gran tiempo: él en la negra
envidia, que abrigó contra su hermano,
bebió el veneno que su pecho encierra.
El cielo en el nacer le hizo segundo,
y la segura y alta preferencia,
que por su gran carácter Eduardo
logró siempre en la paz, siempre en la guerra,
para el perverso y envidioso Enrique,
perene fuente de tormento era.
Rivales en amor: ambos ardian
por Teodora Moniz. Su mano bella
fué de Eduardo, y el furioso Enrique
vió despreciada su pasion violenta.
En mengua tal sacrificar su hermano,
á su venganza despechado intenta,
y que despues la miserable viuda
su mano entrega al opresor por fuerza.
Yo fuí iniciado en el fatal secreto:
el halago, el obsequio, las promesas,
las amenazas... ¡Dios! ¿Que no hizo Enrique
porque ministro de sus iras fuera?...
Señora, él me sedujo.

Mat. ¡Desdichado!

Atay. No fuí el solo yo. Cuando de Ceuta
la venturosa expedicion lograda,
en paz al fin se reposó la tierra;
él de Africa trajo esos dos negros,
cuya intrépida y bárbara obediencia,
á todos sus delitos execrables,
pudo allanar la miserable senda.
Ellos y yo, señora, le seguimos
á este mismo castillo en que la escena
desventurada fué, donde de alcayde
me dió la autoridad por recompensa.
Mas no manché mis manos en la sangre:
el mismo Enrique fué, quien de su ciega,
de su violenta cólera arrastrado
hundió en el seno fraternal su diestra.
Iba el golpe á doblar, cuando Teodora
volando de su esposo á la defensa,
lanzóse enmedio, y del feroz cuchillo
al rigor implacable cayó muerta.

Mat. ¡Que horror!

Atay. Enrique al contemplar tendidos
sus dos hermanos, con el alma llena
de improviso pavor, huyó á otra estancia.
Mas luego al fin cobrado, atroz ordena,
que la familia toda de Eduardo
sacrificada á sus furores sea.
Asán y Aly los degolláron todos.
Violante misma, la inocente prenda
del amor de los tristes, ya cortado
miraba el hilo de su vida eterna
por la espada de Aly: yo la dí vida.
Señora, reparad en la ligera
señal que aun dura en vuestro hermoso cuello;
y al fin sin duda entendereis por ella,
quien debe el sér á la infeliz Teodora.

Viol. ¡Yo Violante! ¡gran Dios!

Atay. A la heredera
del poderoso Duque de Viseo
el nombre de Matilde, y de Pereyra,
la tranquila mansion diéron asilo.
Él vuestro padre ha sido: y si secreto
no pudo ser á sus expertos ojos
del jóven Conde la pasion sincera,
él la miró como feliz camino
de restaurar vuestra fortuna excelsa
que Enrique destruyó.

Viol. ¡Monstruo inhumano!
He aquí la causa del horror bien cierta,
que de solo mirarle yo sentia,
del negro fratricida á la presencia
naturaleza toda se alteraba;
y era mi madre que con voz secreta
me gritaba aborrece á mi verdugo.
¡Que no os debo yo, Atayde! Y vuestra lengua
el perdon de su error de mí imploraba;
pluguiese al cielo que premiar pudiera...

Atay. Escuchadme hasta el fin: yo no merezco
sino horror y piedad. De la tragedia
el último el teatro abondonaba,
cuando unos ayes desmayados llegan
á mis oidos, que en sus ecos tristes
mi ancioso pecho de dolor penetran.
Vuelvo á atender y oir: era Eduardo
que en su palpitacion aun daba muestras...

Viol. ¡Ah, bárbaro! ¿y tu mano sanguinaria
ahogó en su vida la postrer centella?

Atay. De su muerte infeliz no soy culpable

sí de su esclavitud. Yo á las secretas
bóvedas le llevé de este castillo
ántes que del desmayo en sí volviera.
Allí su herida reparé, y él vive.

Viol. ¡Vive mi padre!

Atay. Vive: si existencia
puede llamarse tan funesta vida,
entre la noche y el horror envuelta.
Cuando volvió en sí el triste, ya amarrado
halló su cuerpo á la fatal cadena,
con que oprimido por tan largo tiempo
de su perdida libertad se queja.
Doce años ha que al mísero Eduardo
de voz humana ni aun los ecos llegan.

Viol. ¡Eterno Dios! ¡ó crímenes! ¡ó dia!
¡dia de revelacion! Yo en mis querellas
mi desventura denunciaba al cielo,
cuando mi padre... Atayde, ¡que inclemencia
en ese pecho de metal abrigas!
¿Como así pudo tu piedad primera
en un rigor tan bárbaro trocarse?
¡cruel!

Atay. Tal es mi crímen; yo en defensa
de la inconstancia y del furor de Enrique
quise que de Eduardo me sirviera
la vida. Esta política exêcrable
es mi delito: pero al fin á ella
vuestro padre debeis y vuestra vida.
¿Tanta inhumanidad, tanta dureza
podrán hallar perdon?

Viol. Tu has sido, Atayde,
bien culpable y cruel: pero haz que vuelva
mi triste padre á mis amantes brazos;
que vuelva libre, y perdonado quedas.

At. Antes de todo es fuerza... ¿Mas que veo?
Aquí los negros bárbaros se acercan:
y si me hallan con vos, todo es perdido.
(*Huye precipitado*)

ESCENA III.

Violante, y los dos negros.

Viol. Huye, y en esta confusion me deja,
sin saber que he de hacer.

Asán. De vuestra estancia,
que no salgais jamas el Duque ordena;
y á nuestro zelo y vigilancia encarga,
que sus puertas á nadie abrirse puedan:
retiraos.

Viol. Ministros de un tirano,
¡ó! ¡si hundirme en el centro de la tierra
pudiese yo, donde mis ojos tristes
nunca de veros el horror sufrieran!
(*Vase por el lado opuesto de donde salió Atayde.*)

Aly. En parte alguna le encontramos....
¿Donde se ocultará? ¿que harémos?

Asán. La violenta
órden egecutar que te dió el Duque:
buscar á Atayde, y que al instante muera.

Aly. ¡Mísero Atayde! su amistad antigua
no debió recibir tal recompensa:
el fué siempre del Duque el compañero.

Asán. ¿Y eso que importa? Busca en las tinieblas
la claridad, abrigo en las heladas
la seguridad en las tormentas,
ántes que gratitud de un Europeo.

Aly. Si eso es verdad, Asán, ¿por que te empeñas
del Duque en merecer la confianza?
Tu boca siempre bárbara y funesta
su natural ferocidad inflama,
y si él piensa un horror á otro le lleva.
¿En él que puedes apreciar?

Asán. Sus vicios:
ellos son los que amable le presentan
á mi sañudo espíritu; por ellos
mi vengativo corazon recrea.
Su furor, su crueldad son el azote
de cuantos blancos por su mal le cercan;
y yo me gozo en las terribles plagas,
de que su atroz iniquidad se ceba.
Los blancos de mi patria me arrancáron:
ellos á mi valor dieron cadenas,
y del respeto en vez que allí gozaba,
aqui soy vil objeto de vergüenza.
¿Cual es el blanco que buscó de un negro
jamas de la amistad la union estrecha?
¿Y que muger no escucha horrorizada
de su infeliz amor las tristes pruebas?
Patria, esposa, familia, amores, todo,
todo lo tuve... ¡ó Dios! Una hora adversa,
de todo me privó. No, no es posible
que aquel instante á mi memoria venga,
sin que toda esta raza de hombres duros
con ódio interminable yo aborrezca;
ni me es posible contemplar mis males,
sin que los suyos mis delicias sean!
Piensas que yo amo á Enrique: ¡ó cual te engañas!
Amo en él esa bárbara fiereza,

verdugo de sí mismo y de los otros,
que llena mi venganza toda entera:
amo el devorador remordimiento
que le desgarra, cuando ansioso piensa
en el abismo de tormentos fieros
con que la horrenda eternidad le espera.
Ser el ministro yo de tantos males,
¿con quien sino con él lograr pudiera?
¿Por quien sino por él de tantos blancos.
el despecho gozar y amargas quejas?

Aly. Pero entretanto, víctimas nosotros
somos tambien. Yo, Asán, de esta caverna
pienso escapar; mi corazon no puede
sufrir mas el horror que le presentan
tantos delitos: ni la infamia odiosa
de ver su egecutor.

Asán. Yo mientras pueda
con Enrique hacer mal, seré de Enrique:
mas si él se abate, ó si los cielos cesan
de sufrirle; ya entónces....

Enriq. Socorredme. (*Dentro.*)

ESCENA IV.

Dichos, y Enrique que sale despavorido y sin sentido.

Enriq. Socorredme: ¿lo veis? ellos me aquejan.
¿No lo veis? ¡que rigor!.. librarme de ellos.
(*Se deja caer en los brazos de Aly.*)

Aly. ¿Que es esto, Asán? Repara como tiembla:
cual los ojos revuelve y se estremece.
(*Le sientan en un sofá.*)

Asán. Hablad, señor, hablad.
(*Volviendo en sí, y reparando en ellos.*)

Enriq. ¿Que voz es esta?
¿eres tú, Asán? ¿tú Aly? ¿con que no ha sido
mas que una sombra en mi engañosa idea?
¿un sueño? ¿Mis oidos no escucháron
las palabras horrorisonas que aun truenan
acá en mi mente?... Asán, el mas terrible
suplicio, un lecho de deleytes fuera
comparado al horror que yo he sufrido.

Aly. Pero volved en vos, y la funesta
causa de tanta agitacion, patente
á vuestros fieles servidores sea.

Enriq. Escuchad, pues, ministros de mis crímines:
escuchad y temblad. Era la hora
en que mis tristes miembros fatigados
del sueño hallaban la quietud sabrosa:
por las lóbregas bóvedas vagando
estar me pareció, donde reposan
de mis grandes abuelos las cenizas,
bajo el mármol de honor que las agovia;
sus fúnebres emblemas me arredraban,
cuando á lo léjos entre aquellas sombras
diviso una muger, que en dulce agrado
así me llama, y mi atencion provoca.
Pienso ver á Matilde en la que veo:
y en aquel punto con ardor se arrojan
mis presurosos pasos á alcanzarla,
á estrecharla mis manos venturosas.
Pero al momento de abrazarla... ¡ó cielos!
Su florida beldad se descolora,
y de una herida que su pecho afea
en copioso raudal la sangre brota.
Mírola entónces mas atento, y era
Teodora, Asán.

Asán. ¡Que horror!

Enriq. Era Teodora:
con aquel ademan, aquel semblante
que fijos hondamente en mi memoria
su fin desventurado me presentan,
y desgarran mi pecho á todas horas.
Al fin volvemos para siempre á unirnos,
con eco sepulcral dijo su boca,
para siempre. Mis brazos cariñosos
van á galardonar tu amor ahora:
ven, y estrecharme en tu ardoroso seno,
al cabo lograrás: ya soy tu esposa.
Mas contempla primero lo que hiciste,
y cual me puso tu fiereza loca.
Sus ojos de sus orbitas saltaron,
todos sus miembros, sus facciones todas
en estos se disipan, y en la imágen
de un esqueleto fétido se torna.

Los negros. Cielos, ¡que espanto!

Enriq. Entre sus brazos secos
ella me apremia, y con furor me ahoga,
me infesta con su aliento, y me atormenta
con su halago y caricias horrorosas.
No mas, ¡ay Dios! no mas, ante sus plantas,
digo, cayendo exanime: perdona,
espíritu cruel: ¡como es posible
que tal rencor los túmulos escondan!
Huye entónces la sombra, y cuando pienso
libre mirarme, retumbar las losas
y desquiciarse los sepulcros siento,
y en fuego hervir sus cavidades hondas.
Y de llama al resplandor sombrio

sus frentes los cadáveres asoman
diciendo: ¡ fratricida! entre nosotros
baja; y el premio de tus obras goza.
La fuerza del horror sacudió el sueño:
pero mis sufrimientos, mis congojas,
ni entenderlas jamas podreis vosotros,
ni explicarlas jamas podrá mi boca.

Aly. Perdonadme, señor: ved que ese sueño
que aflige vuestra mente, es un aviso
que los cielos os dan, y que os convida
á que pongais un término al delito:
acordaos que esta noche el triste Atayde...

Enriq. ¿Murió Atayde? decídmelo.

Aly. Ahora mismo
le buscaba á este fin.

Enriq. Gracias al cielo
que así de un crímen aliviar me miro.
Atayde viva, amigos: que su muerte
no se escriba en el libro del destino,
y á mi condenacion tambien no sirva.

Al. Si este instante es de gracia, no en olvido
dejeis á Oren: mandad que libre sea;
y si amais vuestra paz, tambien consigo
lleve á Matilde.

Enriq. Calla: ántes la muerte,
que consentir tan triste sacrificio.
¡ Matilde! ¡ó como á su apacible nombre
halla mi ansiosa agitacion su alivio,
y la serenidad vuelve á mi pecho!
Mañana será mia, si respiro....
Si respiro: ¿y lo dudo? ¡Ah! para siempre
nos volvemos á unir, la sombra dijo.
Salid de mí, palabras espantosas.
Asán, guarda mi amor: si algun peligro
(*Asán se vá.*)
le amaga, vuela á mí... Que yo entretanto
veré si el sueño recobrar consigo.
Sígueme, Aly: tus cuidadosos ojos
en tu triste señor siempre esten fijos.
Si palpitante y trémulo me adviertes;
si salir de mi pecho hondos suspiros;
si mis cabellos erizarse miras,
y correr por mi frente un sudor frio;
despiértame al instante, que otro sueño
sufrir no quiero.

ESCENA V.

Dichos y Asán.

Asán. Atayde os ha vendido:
las puertas de la torre su perfidia
ha abierto á Oren; y léjos del castillo,
ya de vuestro poder viéndose libres
se preparan tal vez á combatiros.

Enriq. Cielos... ¡con que en mis labios infelices
el nombre de perdon jamas se ha oido
hasta esta vez: y al pronunciarle ahora,
pronuncio yo mi ruina y mi exterminio!
¡Vive Dios! ¿Y Matilde?

Asán. Está en su estancia.

Enriq. Hazla venir, Aly. (*Aly se vá.*)

ESCENA VI.

Enrique y Asán.

Enriq. Por ella envio,
y tiemblo de que venga... En este dia
pensé yó, Asán, que mi cruel martirio
debiese fenecer, y á cada instante
el riesgo se acrecienta y el conflicto.
Ese pérfido Atayde me abandona,
y todo Portugal será instruido
por su labio traidor de mis furores:
y todo Portugal alzará el grito,
y quizá con Oren volverá en breve
á arruinar mi usurpado poderío.
¿Mas que importan sus esfuerzos locos?
¿No soy yo Duque de Viseo?... Amigo,
sin este ardor frenético, terrible,
que manda cual tirano en mis sentidos,
¿que pudiera temer? Mas él me agovia:
Matilde vence, su desden esquivo
que me hace ver en ella otra Teodora,
y su cariño á Oren... ¡fatal cariño!
¡con él que afortunado yo seria!
Aconséjame, Asán: ¿algun camino
en tanto afan no habrá?

Asán. Le hay, mas terrible.

Enriq. ¿Y cual es?

Asán. ¿No nació en vuestros dominios
Matilde?

Enriq. Sí.

Asán. De vida y muerte en ella,
decid: ¿no es vuestro el gran derecho?

Enriq. Es mio.

Asán. ¿Quien puede osar contrarrestarle?

Enriq. Nadie.

Asán. Pues antes que dé el sol su nuevo giro,
que arrastrada al altar...

Enriq. ¿Y si resiste.

Asán. Si resiste, que muera.

Enriq. ¿Y yo asesino
dos veces he de ser de la que adoro?
Asán. ¿Y sufrireis dos veces que el destino,
á despecho de vos y á vuestros ojos,
se la entregue á un rival favorecido?
¿No vale mas vengarse, y presentarle
de su adorada amante el cuerpo frio,
y escarneciendo su dolor decirle:
ni tú, ni yo?
Enriq. Sí, Asán: consejo es digno
de tí, de mí, mi corazon le aprueba.
Mas ya viene: ¿la ves?... ¡O cual palpito!
Retírate.

(*Los dos esclavos se retiran.*)

ESCENA VII.

Violante y Enrique.

Viol. Aquí estoy: ¿tiene ese pecho
nuevos horrores que añadir al mio?

(*Aparte.*)

Enriq. ¡Que lenguage! Matilde, pues amarte
con aqueste furor me hizo el destino,
que nada basta á apaciguar la llama,
que tu infausta beldad en mí ha encendido,
ceder es fuerza al ansia que me guia.
Tu amante de un traidor favorecido
pudo á su cárcel quebrantar las puertas,
y escapar á mi enojo y poderío.
Mas si su libertad salva así mira,
no mirará su amor; y ya es preciso
que al despuntar el dia, en los altares
tu mano y corazon se juren mios.
Este momento á prepararte tienes:
ni ya á tardar ni á replicar arbitrio
te queda.
Viol. Antes los cielos desplomados
caigan y muestren su furor conmigo,
que tan horrendo y bárbaro himenéo
jamas pueda mi pecho consentirlo.
¡Yo tu esposa! ¡gran Dios! ¿Sabes quien eres?
¿Sabes quien soy, tirano¡
Enriq. Y es preciso,
Matilde, consentir.
Viol. ¿Mas que contento,
bárbaro en violentar un alvedrío
puedes hallar? Que amores, que esperanzas
una víctima darte? Eterno abrigo
de ódio y desolacion su triste pecho
fuera siempre en tu daño.
Enriq. Y es preciso
resolverte, Matilde.
Viol. ¡Ah! yo lo haria,
mas solo para ser cruel ministro
de la venganza que te debe el cielo
y mi mano prestar á tu castigo.
Yo atravesára tu execrable pecho,
y bañada en tu sangre... ¿Mas que digo!
La doblez, la perfidia, los engaños
jamas dentro de mí tendrán su asilo:
esas artes son tuyas.
Enriq. ¡Que palabras!
Dime: ¿quien penetrarte así ha podido
de tan nuevo furor?
Viol. El conocerte.
Enriq. Pues bien, nada te puede al furor mio
ya libertar: conóceme, mas cede:
ó tu mano, ó tu muerte.
Viol. Ya he elegido:
no digo unirme á tí, tu vista sola
es mil veces mas horrido suplicio
para mí, que la muerte y que el infierno:
dime, ¿que fuera mi vivir contigo?
un abismo de horror. Tu me infestáras
con ese aliento pestilente, impío,
que te anega en maldad, y que violento
te arrastra de un delito á otro delito.
Pero tiembla: tal vez la hora sonando
está de la venganza y del castigo.
Enriq. ¡Insensata esperanza! tu confias
en el valor de Oren: ¿que es él conmigo?
Podrá vengarte al fin, no socorrerte.
Aly, Guardias, Asán, pronto.

ESCENA VIII.

Dichos, los Esclavos y los Guardias.

Enriq. Al suplicio,
llevad á esa infeliz. No hay otro medio,
Asán, que la crueldad: ella el cuchillo
clava en su seno, que en su atroz dureza
al mismo tiempo clavará en el mio.
Perezca: ella lo quiere.
Viol. ¡Atroz verdugo!
¿Por que ese corazon de un foragido
vacila ahora, y á cumplir se niega
conmigo sola su fatal destino?
Anima á su execrable ministerio
ese acero feroz; y que teñido
en mi sangre infeliz tambien se vea,

como en la de otros míseros lo ha sido.
Ven, llega, hiere: acaba con el resto
de tu triste familia, el brazo mismo
que asesinó á la madre, hunda á la hija
en los horrores del sepulcro frio.

Enriq. ¡Asán! ¿Que dice?

Viol. Sábelo: si un dia
puede el remordimiento en altos gritos
la muralla romper del duro bronce,
con que tu pecho atroz has defendido,
que mi sangre y mi nombre entonces sean
de venganza y de horror fieros ministros,
y tu suplicio bárbaro acrecienten
en tu agitado corazon escritos:
Violante soy: la hija de Eduardo.
¿Ves esta herida, que en el cuello mio
uno de tus verdugos inclementes
con brazo insierto y vacilante hizo?

Aly. ¡Ella es, sañor, sin duda!

Viol. ¿En que te paras?
Sáciate, monstruo.

Enriq. Por piedad, amigos,
ese objeto de escándalo y horrores
quitad al punto de los ojos mios.
Llevadla.

Aly. ¿A donde?

Enriq. Arrebatadla, hundidla
debajo de las torres del castillo.
Muera allí.

(*Aly con una parte de los Guardias se lleva á Violante.*)

¡Vil Atayde!... Preparaos
(*A Asán y Guardias.*)
á defenderme, ó á morir conmigo:
los muros recorred del alto alcázar,
y que el débil poder de mi enemigo,
si aqui intenta insultarme, aqui se estrelle.
¡Ah! ¡si asi defenderme al negro abismo
pudiese del terror en que se mira
mi desdichado corazon sumido!

ACTO TERCERO.

La escena representa un subterráneo obscuro, con varias galerías. Eduardo rodeado de cadenas, reclinado sobre un poyo, á un lado poco distante de una puerta que hay en el fondo. Algunas paredes medio arruinadas se ven de una parte y otra. Se supone que Eduardo acaba de despertar.

ESCENA PRIMERA.

Ed. ¡Cuando será que término á mis males
al fin señale favorable el sueño,
y á nunca despertar yo me adormezca?
El viene á regalar por un momento
mis tristes penas; y á mayor conflicto,
si él se sacude y me abandona, vuelvo.
¡O que halagüeñas son sus ilusiones!
Pero despues en mi prision me encuentro,
donde de luz y libertad las voces
ni aun pronunciar en esperanza puedo.
Mas de una vez las lágrimas del triste
por estas manos enjugarse viéron;
mas de una vez de su fatal cadena
me vió el cautivo aligerar el peso.
A nadie hice gemir: nunca de nadie
ahogué la libertad... ¡O Dios eterno!
¡Y tú en tu santa rectitud permites
la dura esclavitud en que me veo!

(*Oyese en esto el ruido de la barra que asegura la puerta.*)

Mas ruido se oye; y el instante llega
de que venga mi duro escarcelero
el sustento á traer, con que mi vida
se prolonga, y prolongan mis tormentos.
¿Con que presteza tan cruel escapa,
como si de una sierpe alvergue horrendo
fuera aqueste prision?

(*En esto la puerta empieza á abrirse, y comienza á verse luz.*)

¡Mas luz en ella!
¿Que repentina novedad? ¡ó cielos!

ESCENA II.

Aly con una antorcha en una, mano, y en la otra un puñal: Violante detras y Eduardo.

Viol. ¿Es este el sitio lóbrego y horrible,
que teatro ha de ser al fin sangriento
de mi vida infeliz? Habla.

Aly. Señora,
él es.

Viol. ¡Cielos piadosos! á lo ménos
haced que encuentre á mi angustiado padre
ántes que llegue mi postrer momento:
aquí tal vez el mísero suspira,
aquí tal vez sus lastimados ecos
bañados de dolor al cielo acusan
tan mísero y prolijo cautiverio.

Si al ménos una vez entre mis brazos
pudiese yo estrecharle, si en su seno
reclinada exclamar: ¡ó padre mio!
reconoce á tu hija en el acervo
destino que le sigue.

Eduard. ¡Desdichada!
Llama á su padre: ¿si aherrojado y preso
se verá como yo?

Viol. Si tus entrañas (*A Aly.*)
se abren de la piedad al sentimiento,
tenla de esta infeliz; y ántes que entregue
al filo agudo su infelice pecho,
de este anchuroso y silencioso alvergue
deja á mis pasos recorrer los senos,
deja á mi vista registrarlos todos.
(*Aparte.*)

Aly. ¡Quien dar pudiera á su afliccion consuelo!
Señora, perdonad á un vil esclavo,
que forzado á cumplir el duro imperio
de su airado señor, apenas puede
allá en su corazon compadeceros.
Léjos de mí la bárbara dureza
que otro pusiera en tan fatal empleo:
mirad mi compasion en mi semblante,
que un tigre yo no soy por ser un negro.
Aun contemplar la agitacion terrible,
aun escuchar los temorosos ecos
del Duque me parece, y la sentencia
que tronó de su labio al conoceros.
Vanamente el amor por vos le hablaba:
él al rencor abandonó su pecho,
de su antiguo enemigo al ver la hija,
y sangre y muerte pronunció su acento.
¿Mas por que no cedeis? Una palabra
que le deis de esperanza á su amor ciego,
una sola palabra apaga el rayo
que sobre vuestra frente está suspenso.
Ceded, señora.

Viol. ¡Bárbaro! ¿y te atreves
á darme á mí tan pérfidos consejos?
¿Es esta tu piedad? Calla: y al punto
llena tu abominable ministerio;
aníma al golpe la homicida mano,
y el cuchillo cruel: he aquí mi seno.

Aly. Que su muerte y su mal caigan sobre ella.
Preparaos.

(*Mientras Aly arrima la antorcha á la pared, Violante se pone de rodillas, y exclama.*)

Viol. Tus ojos desde el cielo,
madre ya venturosa, ácia mí vuelve,
y recibe mi espíritu.

Aly. Yo tiemblo.
(*Antes de que llegue á Violante, exclama Eduardo.*)

Eduard. ¿Que vas á hacer, verdugo? estos lugares
al horror consagrados y al silencio,
no á profanarlos tu rigor se atreva
con la sangre inocente.
(*Acercándose y reconociendo á Eduardo.*)

Aly. ¡Ay Dios! ¿Que veo?
¿Quien me socorre? ¡Es Eduardo!
(*Huye despavorido.*)

ESCENA III.

Violante y Eduardo.

(*Oyendo el nombre de Eduardo, corre precipitada á él, y lo abraza.*)

Viol. ¡O padre!
¡padre de mis entrañas! ¡con que puedo
abrazaros al fin!

Eduard. ¿Que es lo que dices?
¡Tu padre yo! ¿Sabes quien soy? ¡O cielos!
Ella delira.

Viol. ¡Ah! no dudeis: mis ojos
la dulce prueba de que el ser os debo,
os dan en estas lágrimas que os bañan,
y que de gozo y de ternura vierto.
La mano á un tiempo dura y piadosa,
que nos salvó de los puñales fieros,
nos reservó á este encuentro inesperado,
para acaso otra vez en él perdernos.
Reconocedme: ved en mí la sangre
de vuestra sangre, ved como los cielos
de vuestra dulce y celestial Teodora
en mí la viva semejanza han hecho.

Ed. ¡O momento de gloria! ó semejanza!
Ni la inefable agitacion que siento,
ni el placer que me inunda en su dulzura,
ni las caras facciones que en tí veo
me permiten dudar: ven, hija mia,
ven y reposa en el paterno seno.

Los dos. ¡O inefable placer! (*Abrazándose.*)

Eduard. ¡Dios de clemencia!
Tú que me diste un corazon de acero,
bastante á resistir las negras plagas
que sobre mí tan sin piepad cayéron;
dame tambien un corazon que pueda
sufrir la inmensidad de este contento.

¡Hija mia!

Viol. ¡En que estado miserable,
en que penosa situacion te encuentro,
señor! ¿Aquí sumido, atormentado
con el peso fatal de aquestos hierros,
de tan horrendo sitio respirando
el ayre pestilente y el veneno?
¡Ah! dejad que mis manos oficiosas
de esta cadena atroz sufran el peso;
y ménos oprimido con su carga,
siquiera respirad libre un momento.

Eduard. Pocos instantes ha la sentí rota:
que el hierro cede á la impresion del tiempo.
Solo el destino atroz que me persigue,
ni desmentirse, ni ceder le siento.
¡Esta debilidad!...

Viol. Alzaos.

(*Se levantan los dos, y empiezan á andar por el teatro.*)

Eduard. Violante,
en vano animo mi cansado esfuerzo;
mis flacos pies á caminar se niegan,
y el paso incierto gobernar no puedo.

Viol. Que mis hombros y brazos juveniles
sean vuestro apoyo, sosteneos en ellos:
venid conmigo, y en aquestas ruinas
podreis cobrar el fatigado aliento.

(*Apoyado Eduardo en Violante atraviesan el teatro, y se sientan sobre las ruinas de una pared.*)

Eduard. ¿Mas dime donde estoy? ¿Como veniste
á tan triste lugar? ¿cual el suceso
fatal ha sido, que en el trance duro
de que mi voz te libertó te ha puesto.

Viol. Señor, ¿no conoceis en mi infortunio
ese astro de furor, triste y sangriento
que nos persigue? El bárbaro verdugo
que á tí te asesinó, que hundió en el pecho
de mi madre infeliz la cruda espada,
persigue en mí los miserables restos
de la infausta beldad, que en sus entrañas
pudo soplar tan horroroso incendio.
Su vista sola estremecer me hacia:
y él viendo su frenético deseo
desechado por mí, mandó que al punto
fuese arrastrada al subterráneo ciego
de este castillo, y su furor vengase,
dando al cuchillo el desdeñoso cuello.

Eduard. ¿Es posible que el cáliz de amargura,
que á mi vida infeliz presenta el cielo,
tenga aun mas heces que apurar!...
Violante,
cuando asaltado del aleve acero,
por manos de un hermano á quien yo amaba,
me ví en las sombras de la muerte envuelto;
¡que dulce era el morir!... volví á la vida,
mas para verme encadenado y preso
en este vasto y lúgubre sepulcro,
perdida ya la sangre y el aliento.
Llamé á voces la muerte: los gemidos
estas inmensas bóvedas oyéron;
y el eco de dolor, que los doblaba,
redoblaba el espanto á su silencio.
Un ser desconocido y piadoso
curó mi herida, y me alargó el sustento,
diciendo: *vive*, *espera*: mas su labio
jamas despues se desplegó á mi anhelo.
En tanta soledad y desamparo
la afligida atencion volví á mi pecho,
y hallándole inocente, al cielo clamo:
¿en que, pues, merecí lo que padezco?
Yo no sé: mas entónces, de repente,
una nueva virtud sentí aquí dentro,
una fuerza, que igual á mis destinos
basta sola á contrastar con ellos.
Crecía el mal, y mi valor crecía
á par que su violencia... ¡Ah! ¡si los cielos
contemplan esta lucha formidable,
los cielos de Eduardo estan contentos!...

Viol. ¡Yo, señor, me estremezco!

Eduard. Algunas veces
tú y tu madre, presentes á mis sueños,
consolábais mi afan: ¡ó Dios piadoso,
y tras tanta ilusion, tras tanto tiempo,
mi adorada Violante al fin me envias!
Abrázame otra vez: este consuelo
no puede arrebatarnos el tirano.
Nuestros suspiros cuenten los momentos;
y unidas nuestras lágrimas, nos bañen
en ternura y dolor á un mismo tiempo.

Viol. Mas los instantes vuelan, padre mio,
y de vuestra existencia el gran secreto,
sabido ya del execrable Enrique,
aviva mas nuestro inminente riesgo.
No tardará en venir acompañado
de su ódio y su furor. ¿No habrá remedio?
¿No se halla en estas lóbregas mansiones
salida alguna á que arribar logremos ¿

Eduard. Si este es el fuerte en que el ferez Enrique
puso enegecucion su atroz intento,
una puerta ha de haber; mas tan lejana
que mis débiles pies no se atrevieron
á buscarla, en el punto que rompidos
sentí los esbalones de estos hierros.
Sostenme tú, hija mia: acaso ahora
se duele ya de nuestro afan el cielo,
y que escapemos juntos nos permite.
(*Empiezan á andar por el teatro, y se siente ruido á los léjos como de gente que baja.*)
Viol. Señor, ¿no sentis ruido?
Eduard. Sí le siento.
(*El ruido se acrecienta.*)
Viol. ¡Ay! ¿quien nos salvará? ¡Ya á devorarnos
se precipita el tigre!
Eduard. No tu esfuerzo
desmaye así, Violante: ¿ántes de ahora
no arrostrabas la muerte con aliento?
Viol. ¡Ah! que la muerte entónces á mí sola
amagaba, señor: mas yo os entrego
á la rabia feroz de vuestro hermano,
yo la ocasion de haberos descubierto
he sido; y tal desgracia, tal peligro,
ni contemplarlos, ni sufrirlos puedo.
Eduard. Ven, y en aqueste fúnebre recinto
algun arbitrio á nuestro bien busquemos.
Si el cielo nos le niega, al fin muramos:
que ménos triste, y doloroso ménos
es de una vez el fenecer la vida,
que ser cautivos, y existir sufriendo.
(*A este punto las gentes y luces se van acercando por la misma puerta por donde salió Aly. Eduardo y Violante se retiran por un lado del teatro.*)

ESCENA IV.

Enrique, Asán y Guardias.

(*Al tiempo de entrar se detiene; pasa la puerta y vuelve á detenerse.*)
Enr. Ya penetré: laspuertas de este alvergue
con voces de terror me rechazaban;
y entregado á sus lóbregos horrores
mi ansioso corazon tiembla y se espanta.
Pero es mas fuerte mi rencor: sigamos.
(*Pasa adelante, y repara en el poyo donde estaba Eduardo.*)
Asán, él no está aquí: mira la cama,
la triste cama en que por tantos años
su cuerpo entre cadenas descansaba.
Y en ella, ¡ay Dios! en ella, aunque de piedra,
sobre él el sueño desplegó sus alas
con mas dulzura que los miembros mios
le halláron nunca entre las plumas blandas.
¿Que os deteneis amigos? derramaos
por estas vastas hóvedas: que salgan
los fugitivos á mi vista al punto.
¿Me entendeis? Mi poder, mi vida y fama
todo peligra, todo, si Eduardo
logra escapar á mi cruel venganza.
(*Asán y los Guardias se entran por el subterráneo.*)

ESCENA V.

Intenta seguirlos, y se retrae como espantado.)

Enriq. Quiero andar, y no puedo: ¡ah! ¿quien tan débil
hace mi corazon? ¿quien de mis plantas
la fuerza apoca?... Es el fatal delito,
sin duda, el que me sigue y me acobarda.
¿No tuve aliento un tiempo? ¿Por que ahora,
para acabarle de cumplir, me falta?...
Estas piedras heridas tantas veces
con sus gemidos que aun por ellas vagan,
á mi atronado y espantado oido
con acentos de horror parece que hablan...
¡Fratricida!... ¿Ó que voz? son los espectros
que en mi sueño entendí los que así claman?...
¿De donde esos cadáveres horribles?...
¿Quien salpica de sangre estas murallas?...
¿Comienza ya mi infierno?... ¡ó como tiemblo!
¡de mi ultrajado hermano las miradas
cual caerán sobre mí! ¡como su pecho
al ver á su opresor va á arder en saña!...
Y yo trémulo ante él, con voz incierta
la sentencia fatal que le amenaza
pronunciaré, sin que Eduardo tiemble.
El será el juez, yo el reo; y la alta palma
de triunfar sobre mí, siempre los cielos
en vida, en muerte le darán... ¡ó rabia!

ESCENA VI.

Asán y Enrique.

Asán. Señor, en esas bóvedas obscuras,
perdidos y perdida la esperanza
de poderlos hallar, ya hácia este sitio
pensábamos volver; cuando bien claras
unas palabras de repente oímos
con llanto interrumpidas y plegarias.
Huye, hija mia, huye; yo lo ruego,
yo te lo mando: tu ligera planta
podrá escapar tal vez al gran peligro,
que en su ciego furor á ambos amaga.
Yo no puedo seguirte, y si tardamos
moriremos los dos. Ella lloraba,
mas ella huyó, y obedeció el mandato.
Corrimos: Eduardo se adelanta
á recibirnos, y con frente altiva,
donde la magestad se ve pintada,
aquí teneis á quien buscais, nos dijo:
llevadme al punto á donde Enrique os
manda.
Los guardias le cercaron y le traen;
yo adelantéme.
Enriq. Asán, por piedad, anda,
vuela si es tiempo, y ántes que mi vista
sufra el horror de su presencia infausta;
que espire...

ESCENA VII.

Dichos, y Eduardo enmedio de los Guardias.

Eduard. ¡Ó Dios! conduélete de un padre,
tiende de tu poder las grandes alas
sobre aquella infeliz.
Enriq. Ya está presente:
!Ah! ¡que la tierra ante tus pies no se
abra!
Eduard. Heme aquí, Enrique: tus feroces
ojos
tiemblan de hallar los mios, y se bajan.
Mírame al fin, desconocido hermano,
mira á que trance me arrastró tu rabia,
y al contemplar los dolorosos males
que amontonaste sobre mí, tu alma,
digno de su maldad, goce un deleyte.
Asesinado con tu misma espada,
y por tu propia mano; sepultado
en esta horrible y cabernosa estancia,
macerando mis miembros las cadenas
que al salvarme á tu cólera inhumana
cargó en mí la piedad ó la inclemencia;
y cuando al fin de esclavitud tan larga
en este sitio de dolor te veo,
cercado enmedio de tus fieros guardias,
conozco bien lo que esperar me queda.
Enriq. Dices bien: no te resta otra esperanza
ya que la de morir: eterno obgeto
para mí de rencor, de envidia y rabia;
¿que otro dón que la muerte y exterminio
de mi terrible corazon buscáras?
Muere, Eduardo: á mi pesar aun vives:
el vil traidor, que te ocultó á mi saña,
no te librará ya: la tumba sola,
la tumba es la fortísima muralla,
que entre nuestras discordias haber debe.
Muere: tu vista me atormenta y mata,
cual si fuera un suplicio.
Eduard. Yo lo creo:
siempre la atroz ingratitud se espanta,
si el ofendido bienhechor la mira.
Dos veces de la muerte que ya alzaba
la mano sobre tí, libré tu vida:
tú dos veces, cruel, me la arrebatas.
Yo compasivo contemplarte puedo,
cuando me ofendes y feroz me amagas;
mientras que tu sin palpitar no aciertas
á echar en mí tus hórridas miradas.
Acaba, pues: ni tu piedad espero,
ni la imploro tampoco; así en tí haya
igual valor á egecutar mi muerte,
como yo tengo en recibirla.
Enriq. Basta:
soldados, arrastradle; y que al instante
enmedio de esas lúgubres moradas,
léjos de mí fenezca: yo no quiero
verle espirar.
(*En el punto de arrastrarle los Guardias sale Violante á detenerlos.*)

ESCENA VIII.

Dichos y Violante.

Viol. Ministros de venganza,
deteneos: sabed que él es mi padre,
ved que es vuestro señor.
Eduard. ¡O desdichada!
¡Así te obstinas en morir conmigo!

(*Arrodillándose delante de Enrique.*)

Viol. ¿Tú, Enrique, aun quieres mas? mira á tus plantas
la hija de Eduardo y de Teodora:
¿no bastan, dime, á tu furor, no bastan
tantos años de angustia y cautiverio,
sin que un segundo parricidio vayas
á cometer? Tu imperio está seguro:
si ambicion de poder tu pecho arrastra,
manda en Viseo, y que Eduardo obscuro
viva conmigo en un rincon de España.
¿No me escuchas, cruel? ¡Ah! si aun tu enojo
en sed de sangre y de dolor se abrasa;
aquí tienes mi cuello, aquí mi vida,
y en ellos solos tu furor apaga.

(*Á los Guardias.*)

Enriq. Aguardad... ¡Que no pueda el pecho mio
resistir la impresion de sus palabras!
Oye, Eduardo: el único camino
de ser nuestras discordias acabadas,
en tu arbitrio está ya.

Eduard. ¿Cual es?

Enriq. Que al punto
me consagre Violante ante las aras
la ternura y la fé, que indignamente
el venturoso Oren tiene usurpadas.
Tu vida es á este precio.

Viol. ¡O vil verdugo! (*Levantándose.*)

Eduard. ¡Y aquesto, Enrique, de Eduardo aguardas!
¡Violante tuya, su inocente mano
enlazada á esa mano sanguinaria!
¡y es tal tu ciega atrocidad que esperas
á mis tormentos añadir la infamia,
y el incesto al horror!... ¡O tú, hija mia!

Viol. ¡Señor!

Eduard. Ven, y en mis brazos estrechada
jura eterno rencor al monstruo horrible.

(*Arrojándose hácia él, y abrazándole.*)

Viol. Yo, señor, se lo juro: aunque se caigan
los cielos con furor sobre nosotros.

Enriq. Soldados, de sus brazos arrancadla.

Viol. ¡O! no podrán.

ESCENA IX.

Dichos y Aly.

Aly. Señor, poneos en salvo:
ya con su gente Oren tiene forzadas
las murallas y puertas del castillo:
el fugitivo Atayde le acompaña;
y en voces altas y expresion terrible,
que respira, Eduardo á todos clama.
Al nombre de Eduardo se suspenden,
y sin defensa la anchurosa entrada
abren á Oren, y con su gente unidos
todos hácia estas bóvedas se lanzan.

Viol. ¡O cielos! ¡socorrednos!

Enriq. ¿Si el destino (*Aparte.*)
mandará ya pesar en su balanza
mi suerte irrevocable?... Mas si fie
vosotros sois, aun conjurar la infau
nube podremos, que de sangre y rui
armada viene, y nuestra frente amag
Cercad esas dos víctimas; su vida
mas que su perdicion ahora nos valg
Tú, Asán, presto á mi voz hunde en seno,
sin detenerte, la homicida espada.
Todos así pereceremos. (*A Eduar*

(*Los soldados rodean á los dos, y A se colocará junto á ellos con la espada desnuda.*)

ESCENA X.

Dichos, Oren, Atayde y soldad

Oren. ¿Donde,
ni quien podrá esconderte á la venga
que mi encendida cólera fulmina,
ya sobre tí, vil asesino?

Enriq. Calla,
detente, mira, si á mover te atreves
un paso mas la presurosa planta,
mueren los dos.

(*Deteniendo á Oren.*)

Atay. Señor, ya la violencia
es aquí por demas, pues que su rabia
ha encontrado el camino á defenders
con el riesgo de vidas tan sagradas:

(*A Eduardo.*)

no las perdais... Y vos á quien mis o
no osan volver sus tímidas miradas,
vos que años tantos de prision tan d
debeis, señor, á mi inclemencia ing
dignaos que en este trance tan terri
yo á vuestra salvacion la senda os
Una sola palabra en vuestro nomb
permitidme que dé, y está embor
la cuchilla cruel, con que ese mons

amaga vuestras míseras gargantas.
¿Puedo darla, señor?

Eduard. Yo la permito:
mas libre de baldon, pura de infamia.
(*Dice esto adelantándose un poço, y mirando á Asán,*)

Atay. Sí lo será. Yo en nombre de Eduardo,
prometo á Asán su libertad, su patria,
si las vidas sagradas que ahora ofende,
con generoso aliento las ampara.
Elija Asán, entre quedar tendido
en esta triste y desigual batalla
con el verdugo bárbaro á quien sirve;
ó ir á buscar en su nativa playa
la dulce esposa, los amados hijos,
y en sus brazos recrear su alma.
¿Lo escuchaste?

Enriq. ¡Ay Asán!
(*Despues de una pausa.*)

Asán. Ya está elegido:
salir de esclavitud... ver á mi patria...
mis cariños gozar... tú eres un blanco:
(*Se vuelve á Eduardo, y le coge la mano.*)
¿puede un negro fiar en tu palabra?

Eduard. ¿Por que lo dudas, bárbaro?
(*Diciendo esto coge á Eduardo y Violante, y los entrega á Oren.*)

Asán. Sed libres.

Enriq. ¡Pese á mi infame suerte!

Asán. Ya acabadas (*A Enrique.*)
estan tu usurpacion y tiranía;
húndete en el infierno que te aguarda.

Enriq. ¡Con que traidores todos!

Asán. ¿Y que has sido
tú?
(*Coge una espada de las manos de un soldado y la da á Enrique.*)

Oren. ¿Mas que aguardo ya?... Toma esa espada,
que ofender un contrario desarmado
mi generoso aliento desdeñára.
Defiéndete.
(*Interponiéndose.*)

Eduard. Teneos: ingrato Enrique,
cuando mas fiera tu execrable saña
irritaba tu brazo, y tu cuchillo
á Violante y á mí nos amagaba;
no quise recordarte el ser tu hermano,
ni abatirme al dolor y á las plegarias:
mas ahora, miserable, que te veo
agonizando entre tu misma rabia,
y que con ciega confusion resuelves
la muerte, la prision, las tristes ansias,
el insufrible horror que en mí cargaste;
yo no puedo olvidar que en las entrañas
donde yo tuve el ser, el ser tuviste,
ni olvidar el amor de nuestra infancia.
Escucha: tras tus crímenes no hay medio
de darte la amistad, la confianza
de un hermano: mas vive; el pecho mio
gustar no puede tan atroz venganza.

Oren. ¿Como? ¿y ofensas tantas sin castigo
quedarán?

Viol. Sí, que viva, y que su alma,
(*Á Oren.*)
si es capaz de virtud, en vos aprenda
á adorarla, señor. (*Á Eduardo.*)

Enriq. Esto faltaba:
Este oprobio cruel que me confunde,
y mi encendido pecho despedaza.
¡Yo deberte la vida!.... No, Eduardo,
no me la des: si acaso la aceptára,
llegára un tiempo en que beber tu sangre
para saciar mi furia aun no bastára.
¿No te lo dije ya? La tumba sola
puede á nuestras discordias ser muralla.
¿Vida de tí?... Ni aun muerte.
(*Se hiere él mismo, y cae.*)

Viol. ¡Desdichado!
Su rencorosa condicion le acaba.
(*Volviendo en sí, y con voz desmayada.*)

Enriq. Aly, tú solo aquí no me has vendido...
Tal vez mi muerte compasion te causa;
sácame tú de aquí... llévame á donde
sin que lo pueda ver, rinda yo el alma.
(*Espira.*)

F I N.

CON LICENCIA: BARCELONA,

POR AGUSTIN ROCA,

A costa de los libreros asociados.